



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Busquemos con fervor la influencia divina

Exposición del Mensajero del Eterno

ES una inmensa gracia poder comprender los sentimientos divinos y dejarlos obrar en nuestra alma. Uno de los sentimientos más gloriosos que se encuentran en la mentalidad del Omnipotente es sin duda el de la humildad. La humildad verdadera es un misterio para los seres humanos, porque no conocen una sola palabra de ella. Para nosotros es idéntico. Es solamente cuando procuramos vivir las condiciones del Reino de Dios como logramos poco a poco comprender lo que representa la humildad en toda su esencia.

Tal como hemos podido experimentarlo, todos los seres humanos son orgullosos desde la planta de los pies hasta la raíz de los cabellos, a causa de su egoísmo. Como lo dicen las Escrituras, el orgullo va delante de la ruina, porque está en completo desacuerdo con las condiciones de vida que rigen a los hombres. Por eso, no es nada exagerado decir que el orgullo es el principio de la locura.

Sabemos cómo Nabucodonosor, rey de Babilonia, se abandonó a un orgullo fantástico que le condujo a la demencia. En esta condición vivió siete años en el campo, paciando y comiendo hierba como un animal. Durante ese tiempo, todos en su reino le dieron la espalda. Cuando se humilló verdadera y completamente ante el Eterno, le volvió la razón, fue restablecido en su trono, y recobró su autoridad sobre el pueblo.

Naturalmente, todos somos orgullosos, un poco más un poco menos, pero en todo caso lo somos. Por eso, si no hacemos lo necesario para corregirnos de este espantoso vicio, finalmente la última gota hará desbordar la copa, y la caída será completa.

Este, pues, es un trabajo del alma que se trata de no perder de vista, de manera a conseguir desembarazarnos de esta planta envenenada del orgullo que nos destruirá, si no la destruimos en nosotros.

En efecto, tenemos una multitud de experiencias que nos lo prueban sobradamente, y que deben volvernos juiciosos. Tomémonos cada uno el pulso y observemos cómo vamos en este sentido, si nuestras pulsaciones son regulares y convenientes, o si al contrario nuestro pulso anda muy agitado y late con violencia. Si este es el caso conocemos el remedio a la terrible enfermedad del orgullo.

Con la situación actual del mundo, podemos darnos cuenta a donde el orgullo ha conducido a los seres humanos. Les agradaría a menudo hacer un poco el bien, pero el amor desmedido que se tienen a sí mismos se lo impide. Los que están propensos a decir "quiero dar los pasos para estar en armonía con el Reino de

Dios", pronto no tardan en retractarse, porque reflexionan en todo lo que habrá que dejar.

Luego dicen: "Ya no podré hacer esto ni aquello; de veras, no puedo dar el paso, me cuesta demasiado: no podré comer más como quiero sino sólo comer como debo: no me honrarán más en el mundo como lo estaba antes, seré uno de aquellos que tratan de alucinados, y que a menudo desprecian".

No cabe duda de que él que quiere ser un verdadero discípulo tiene que poner en ello el todo por el todo. Nuestro querido Salvador nos dice todavía: "Nadie puede ser mi discípulo, si no renuncia a sí mismo."

Es indispensable, pues, que cada uno se sondee a sí mismo para saber si es un verdadero consagrado, y si puede afrontar las pruebas con éxito; o bien si le procuran dificultades que casi no puede vencer, porque tiene el corazón dividido.

Desde luego, hay que hacer esfuerzos para seguir el camino de un discípulo. Por ejemplo, en el caso de un hombre rico, que lo tiene todo a profusión, que es venerado, estimado, que tiene propiedades, etcétera: de pronto oye el llamado del Señor: "Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres: si no haces esto, no puedes entrar en el Reino de Dios".

Las personas que son hábiles pueden salvar fantásticas alambradas y pasarlas: pero, en cambio no existe la posibilidad de entrar en el Reino de Dios sin vivir las condiciones.

Por lo tanto, se trata de realizar el maravilloso equilibrio espiritual que nos es dado por medio del poder del espíritu de Dios. Es preciso que nuestro juicio sea exacto en nuestros pensamientos, palabras y acciones. Todo en nosotros tiene que ser la reproducción de la verdad: si no, caemos en la exageración, ya sea en un sentido o en otro, y salimos entonces del equilibrio.

Lo que hay siempre que considerar, es que pertenecemos a la familia divina, a la colectividad, a fin de poner a un lado todos los intereses personales. Naturalmente, comprendemos que un hermano se apegue al grupo que sirve, pero conviene que ame lo mismo a los demás grupos.

Así nos podremos mover con facilidad en todas las situaciones que él Señor nos proponga. Nos dejamos ceñir sin vacilar cuando el Señor nos dice, como dijo al apóstol Pedro: "Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías: más cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro".

Es en circunstancias de esta clase que tenemos la ocasión de probarnos, y de ver si en verdad nos hemos entregado completamente en las manos del Todopoderoso. Él se encarga

entonces de conducirnos en la dirección que nos es más favorable, y adonde podemos recibir mayor bendición.

Naturalmente, hay que tener una confianza ilimitada en el Omnipotente. El no deja llegar nada sin su permiso, a menos que hayamos salido del cuadro, porque buscamos algo personal, y persigamos este objetivo.

Lo que nos permite realizar fácilmente las condiciones del programa divino, es la gratitud. En efecto, todas las benevolencias del Señor son muy peligrosas para alguien que no sabe ser agradecido: pues si no progresa, cuando venga el control de pesos y medidas, no tendrá el peso ni la medida.

Todo depende de si velamos y oramos, del ardor de nuestro deseo por el Reino de Dios, y si vemos más o menos claramente la realidad de las cosas. Si nos apoyamos verdaderamente en el Eterno, el optimismo puede desarrollarse en toda su envergadura, pero no cuando nos apoyamos en los hombres. Es en el Eterno, que conviene buscar el apoyo, porque es fiel, y las promesas que nos ha hecho las cumplirá.

Los que corren la carrera del alto llamado están amablemente invitados a formar parte integrante del Cristo. Una vez que pertenecemos al cuerpo de Cristo, no nos pertenecemos más, y perdemos nuestro antiguo nombre para recibir el nombre nuevo, que nadie conoce sino aquel que lo recibe.

Se trata, pues, de tener la espiritualidad indispensable para tener la sana noción de las cosas, considerar el programa tal como se presenta a nosotros, y mantener nuestro equilibrio con los sentimientos del Reino de Dios. Es preciso que en nosotros todo pueda corresponder con lo que el Señor nos propone.

En cierta ocasión el apóstol Pablo les dijo a los corintios: "Me temo que cuando llegue Dios me humille, y quizás tenga que llorar por muchos". Estas palabras profundas nos muestran una humillación que, en general, los seres humanos no entienden ni practican.

Igualmente, la humillación del Eterno y del Hijo muy amado de Dios son muy diferentes de lo que pueden imaginarse los humanos. Pues a fin de elevarnos, el Eterno se humilla a sí mismo, así como nuestro querido Salvador. Por lo tanto, esta humillación contiene un amor y una nobleza inexpresables.

Respecto a nosotros, debemos tener conciencia de que somos pobres, miserables, ciegos y desnudos, y recordar estas palabras de las Escrituras: "¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías?"

Pero el viejo hombre no ve sus defectos, y piensa que no le hace falta humillarse: además

no le agrada hacerlo, pues nada le aprovecha. Sólo cuando nos alimentamos de las enseñanzas divinas empezamos a ver claro en nuestro corazón, cuando dejamos la esperanza viva operar en nosotros, por la gracia que recibimos del Señor.

Constatamos nuestras lagunas, nuestras insuficiencias, y nos damos cuenta de que sólo es a causa de la ayuda y del socorro divino que hemos podido subsistir; experimentamos la necesidad de humillarnos profundamente bajo la poderosa mano de Dios, reconociendo nuestro estado. Entonces el Señor puede bendecirnos, enriquecernos de fuerza y valor para seguir adelante y dar todos los pasos.

Debemos estar siempre deseosos de hacer la voluntad divina, y que nada nos sea más precioso que ésta. El Señor nos dice: "Bástate mi gracia, conténtate con lo que tienes." Estas son palabras que han penetrado profundamente en mi corazón, y he procurado sacar de ellas múltiples lecciones útiles.

Si estamos atentos, podemos sacar bendiciones inefables de las múltiples enseñanzas que el Señor nos da. El salmista también nos facilita un maravilloso aliento y grandiosos estímulos en sus distintos escritos. Nos exhorta también a humillarnos con todo nuestro corazón ante el Eterno.

Y ahora, lo que es indispensable comprender bien, es cómo debemos realizar esta humillación. En primer lugar, es preciso que nos humillemos ante el Todopoderoso, dejar que en todo se manifieste su voluntad, y renunciar a la nuestra.

Dios cuenta primero que todo, y dondequiera que nos envíe, estaremos contentos de obedecerle. Si Él abre una puerta, decimos: "Gracias, Señor". Si la cierra decimos igualmente: "Gracias, Señor". Él sabe mucho mejor que nosotros lo que hará nuestra felicidad y nuestra bendición. Lo que importa es que aprendamos las lecciones, y que nos dejemos educar en los caminos del Altísimo.

¡Qué grande humillación la que el Eterno sostuvo voluntariamente por seres miserables como lo somos, corrompidos, hundidos en el pecado de pies a cabeza! El consintió en que su Hijo dejara la gloria que tenía junto a Él para endosar toda la maldición que pesaba sobre el género humano, a fin de que la humanidad pudiese ser salvada y vivificada. Esta humillación tan fantástica requería un amor a toda prueba.

Pongámonos por un momento en el lugar del Eterno: ¿Quién de nosotros, teniendo un hijo que nos hubiese complacido siempre, estaría de acuerdo en que éste se humillase para rescatar a unos innobles personajes, llenos de vicios y cubiertos de inmundicias de los pies hasta la cabeza?

¿Es que nosotros daríamos nuestro más precioso hijo para rescatar a dichos pingajos humanos, a fin de rehabilitarlos y hacerles estimables? ¿Lo haríamos? Sin embargo, es lo que ha hecho el Eterno en favor de todos los seres humanos. ¡Es algo prodigioso y grandioso!

La humildad sublime del Eterno se manifiesta por el poder del amor divino. Él estuvo deseoso de dar lo mejor que tenía por salvar a la humanidad, y lo hizo. Dicen las Escrituras en Juan 3: 16: "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna."

Salvar a la humanidad le ha costado al Eterno la muerte de su Hijo. Él tuvo que verlo sufrir

y ser tan dolorosamente probado, cuando todo el peso de los pecados del mundo cayó sobre él y que dijo: "Padre, si es posible, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya."

Un padre que oye esto, y que a pesar de todo no retrocede, porque quiere salvar a la humanidad, revela una grandeza de alma, un amor y una nobleza que sobrepujan todo entendimiento y todo concepto humano.

Cuando repasamos todas estas cosas en nuestro corazón, ya les tenemos infinitamente más aprecio a los seres humanos. Si incluso tenemos que ver con personas que nos perjudican, que nos ocasionan toda clase de dificultades, de todos modos, nos asociamos al Eterno con todo nuestro corazón para trabajar en su regeneración y su felicidad futura.

El Omnipotente está lleno de compasión a favor de todos los seres humanos. Quiere salvarlos a todos; pero deja a cada uno la libertad de declararse a favor o contra la vida. Comprendemos que un día, cuando todos los hombres hayan sido educados en los caminos divinos, formarán una espléndida familia, de una belleza y de una nobleza maravillosas, por lo que ya nos regocijamos ahora.

Por eso, trabajamos a la formación de esta familia de pueblos con un celo y un entusiasmo siempre crecientes. No pensamos, pues, primero en nuestras preferencias, confort y comodidades, en esto o aquello. Pensamos primeramente en la Obra del Eterno, a la cual deseamos estar unidos con toda nuestra alma, a fin de introducir este bendito Reino.

Los humanos no se humillan para elevar a los demás; les es necesario primero humillarse a causa de su inmenso orgullo, y es lo que también debemos hacer. Si lo realizamos, hacemos bajar el nivel de nuestras pretensiones hasta limitarlas a la realidad de los hechos y de lo que representamos.

Cuando lo hemos conseguido, no tenemos más una alta opinión de nosotros mismos, porque podemos constatar al menos en qué punto estamos. ¡Cuán necesario es que estemos en esta situación de espíritu que nos permita descubrir todas nuestras desobediencias! Entonces podemos mucho mejor comprender cuánta necesidad tenemos del rescate de nuestro querido Salvador, lo que le debemos y lo que representa para nosotros. Es así como aprendemos a amarle verdaderamente.

En cuanto a mí mismo, amo al Hijo muy amado de Dios con todo mi corazón, con toda mi alma, y lo admiro. No sólo lo admiro, sino que deseo imitarlo. Es con tales sentimientos como podemos asemejarnos a él.

Por nuestro querido Salvador podemos acercarnos al Eterno, que es nuestro Padre celestial. Es gracias a Él, por Él y en Él que tenemos la redención. Al realizar todas estas cosas en nuestro corazón, podemos desarrollar el poder del amor. El amor divino nos hace un inmenso bien, es para nosotros una fuerza vivificante en sumo grado.

Es así como comienza una nueva vida en nosotros, y como llegamos a ser nuevas criaturas. El apóstol Santiago compara este poder del amor divino a un engendramiento. Él dice: "Dios, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos en cierto modo las primicias de sus criaturas."

Como lo vemos, si hacemos lo que el Señor nos muestra, y permitimos que se sensibilicen lo suficiente nuestros corazones en contacto

con las benevolencias divinas, podemos realizar una sublime amistad con nuestro querido Salvador. Naturalmente, esto requiere desarrollar la espiritualidad divina. Esta espiritualidad se adquiere viviendo el amor divino, cuya parte esencial es la humildad.

Cuando hemos pasado por ciertas etapas de la escuela de Cristo, y que la humildad se ha arraigado en nosotros, entonces podemos humillarnos de una humillación que no es más debida a nosotros mismos, a causa de nuestras faltas personales, sino a causa de las faltas de nuestro prójimo, y entonces pagamos por él.

Esta es la humillación de un verdadero consagrado del Eterno, que realiza fielmente su oficio de sacerdote. Pero esto sólo lo podemos hacer con un corazón limpio, en completa armonía con los principios divinos. Esto requiere haber puesto a un lado nuestros intereses personales y ocuparnos solamente del Reino de Dios.

Sabemos el valor que representan la santidad de la conducta y la piedad, puesto que tienen por efecto apresurar el Día de Dios. Con la práctica de la santidad y de la piedad, acabamos por amar a todo el mundo, e incluso a nuestros enemigos.

Entonces no conservamos ningún otro sentimiento que no sea amor a los seres humanos, cualesquiera que sean. Esta es la mentalidad sublime de nuestro querido Salvador, la cual debemos manifestar también, y así perteneceremos a los más que vencedores.

Para nosotros, pues, es cuestión de felicitarnos siempre de poder humillarnos bajo la poderosa mano de Dios. Esto requiere reconocer nuestros propios defectos, sentirlos con la voluntad de realizar en lo íntimo de nuestro corazón todo el proceso que nos presenta el glorioso programa divino.

Este proceso no consiste solamente en humillarnos por nuestras propias faltas, sino en humillarnos ante el Eterno por otros, diciéndole con toda nuestra alma, con un profundo deseo de serle agradable: "Como tú quieras, cuando tú quieras, donde tú quieras, Señor."

Como lo dije antes, el programa divino consiste también, para los consagrados, en humillarnos por nuestro prójimo. Consiste en pagar por él, en saber humillarnos para elevar a nuestro hermano o hermana, a fin de adquirir los sentimientos que estaban en Jesucristo, y afirmar nuestra vocación y elección.



Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Hemos podido vencer el orgullo, las pretensiones, la jactancia, amar, renunciar, procurar paz y armonía?
2. ¿Hemos podido tener reflejos divinos, pensamientos dignos y desinteresados, ungidos por el espíritu de Dios?
3. ¿Nos ha ayudado, la gratitud al Eterno y a nuestro Salvador, a aceptar con alegría las lecciones del día y a vencer toda sugestión?
4. ¿Hemos podido realizar más humildad y bondad, desechar toda apatía espiritual, ser felices en la prueba?
5. ¿Qué progresos hacemos en la gratitud y el contentamiento, hasta poder decir: donde, cuando y como tú quieras, ¿Señor?
6. ¿Hemos podido humillarnos por nuestro prójimo, reparar las brechas, procurar la paz y ser un motivo de consuelo?